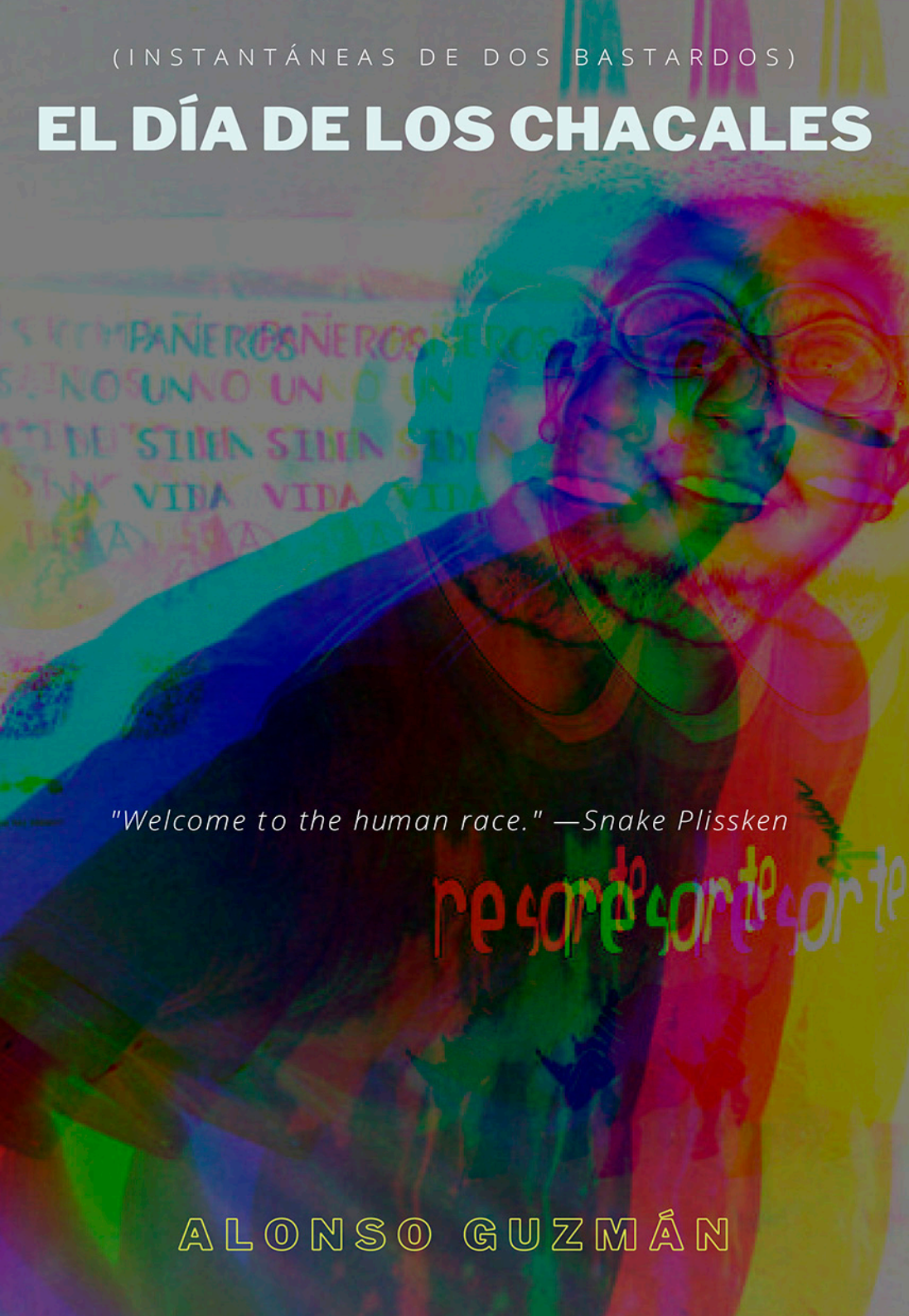
(INSTANTÁNEAS DE DOS BASTARDOS)

EL DÍA DE LOS CHACALES



ALONSO GUZMÁN

Alonso Guzmán (Toluca, 1980). Es licenciado en Letras Latinoamericanas por la Universidad Autónoma del Estado de México y egresado de la Escuela de Escritores del Estado de México. Publicó *La agonía de la marmota* (2006), Premio Alejandro Ariceaga para primera novela del Centro Toluqueño de Escritores; *Los geranios y la nieve* (Diablura ediciones, 2014), *Górgoro* (Diablura ediciones, 2019); y *Herida cubierta de malva* (*Grafógrafxs*, 2020). Es locutor y productor en el 99.7 de FM, Uniradio; bajista y vocalista de la banda de punk Re.IN; y coordinador del taller de narrativa de la revista *Grafógrafxs*.

EL DÍA DE LOS CHACALES
(Instantáneas de dos bastardos)

El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos

Colección Invitación al Incendio de Narrativa 5

Alonso Guzmán

EL DÍA DE LOS CHACALES
(Instantáneas de dos bastardos)

grafógrafxs

grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR
Sergio Ernesto Ríos

EDITOR
Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR
Javier Gonzalo Paredes Mendoza

PORTADA
Sergio Ernesto Ríos

CORRECCIÓN DE ESTILO
Mauricio Pérez Sánchez

Welcome to the human race

Snake Plissken

No es un tema menor, Tony, no lo es, no lo es; no creo estar de acuerdo contigo, es algo vital, Tony. Míralo de esta manera: ¿ves mi arma? Mírala, Tony, Alcmena, una jodidamente hermosa Heckel & Koch HK 54, aquí está en la frente de este pendejo. Mírala, brilla, Tony; ¿te has dado cuenta de que nada brilla? Está en su naturaleza, Tony, Alcmena quiere disparar, disparar, Tony, existe para eso y no es un tema menor, no, Tony, no lo creo, existir no es un tema menor.

Tony Vinicio arrastró el último cuerpo y lo amontonó junto a los demás. Lo que más odiaba de matar eran los cadáveres. Jodidos cadáveres, apestosos y pesados cadáveres. Prendió un cigarrillo y la pila de cuerpos ardió en una festiva orgía de fuego y chispas.

Hey little girl is your daddy home?
I got a bad desire
Ooh ooh ooh
I'm on fire.

Puto Bruce Springsteen. Tony Vinicio siguió susurrando mientras se cubría de aquel pestilente humo fugitivo.

No metas a Springsteen en esto, Tony, no, no, a Springsteen no.

Poquelín levantó al hombre que sostenía con la mano y sonaron dos disparos que se alojaron en las rodillas de ese lastre. Poquelín lo jaló y comenzó a llevarlo hacia el fuego.

Ooh ooh ooh
I'm on fire.

Mierda, Tony, me has pegado la canción; te dije que no metieras a Springsteen en esto. ¡Puto Springsteen!

Los cuerpos comenzaron a crujir y a desinflarse. El crepitar de sus gases divertía a Tony Vinicio. Esa polifonía de aire que se escapa, pedos flamígeros, lamentos de ventosa, era como la voz de Springsteen, y Tony lo sabía.

Es la naturaleza, Tony, la construcción de la naturaleza, sus hebras que se enmarañan. No es tema menor existir, Tony, estar aquí y ellos ardiendo.

Tony Vinicio sacó a Helena y un soplo instantáneo se posó en la frente del único hombre que ardía vivo. Poquelín miró el fuego en silencio. Lentamente bebió de su licorera y se la pasó a Tony.

I got a bad desire
Ooh ooh ooh
I'm on fire.

Cantaron los dos mientras se retorcían ardiendo en algún fuego invisible.

Te he dicho que no era Carlos Revilla, ¡como un demonio! No entiendes nunca nada de lo que se te dice.

Oh, Tony, Tony, eres un mal tipo, ¿sabes?, un tipo muy malo. ¿Qué demonios vas a saber tú de eso? El doblaje original era de Carlos Revilla y de nadie más, de nadie más, Tony. ¿Crees que soy ignorante?

Tonto. Eso es lo que eres, un tonto, un tonto, Poquelín. Te digo que era Germán Robles, hombre, Germán Robles, nadie más, nadie, nadie más, ese era el hombre, la voz de KITT, ningún otro podía hacer esa voz. "Michael, recuerda, la puerta está abierta". Recuerda Poquelín cómo cojones le decía a Michael: "La puerta está abierta". Como un demonio si no entiendes lo que te digo.

Buena actuación de Michael, ¿no, Tony? Una buena actuación; ese hombre era bueno, David Hasselhoff, ¿no, Tony? David Hasselhoff, qué tipazo. ¿Recuerdas? Michael Knight.

Poquelín, el resurgimiento de Michael Long: un caso vital de intercambio de papeles, un resurgimiento, Poquelín, por un demonio. Michael Long es asesinado, muerto, bellos, bellísimos disparos en la cara lo mataron, lo hicieron polvo eres y en polvo te convertirás, y desde la muerte, desde el mundo de los muertos –un mito, un mito sí–, resurge terrible con ese nombre: Michael Knight; es hermoso, Poquelín, es hermoso.

No entiendo, Tony, no te entiendo. Eres un hombre raro, ¿sabes, Tony? Un hombre muy raro, no entiendo lo que dices, realmente no lo entiendo, para nada, no me queda claro. Sé más claro, Tony. Has cambiado, ¿eh? Has cambiado, Tony.

Nunca entenderás, querido Poquelín, la saga del héroe, porque tú no eres un héroe, no, para nada, no eres nada de eso, no, eres un bellaco, ni un escudero eres, ni una mano derecha, ni un dedo derecho, no sabes nada y no te importa saber nada. Por eso no comprendes el símbolo, el gran símbolo de Michael Knight, hombre; no lo comprendes porque ni siquiera eres hombre.

No seas duro conmigo, Tony, no lo seas, te lo pido por Dios. Yo sólo quiero recordar la historia, no la recuerdo muy bien, no era tan viejo como ahora, era casi un niño, apenas recuerdo lo que pasaba. Tú tienes mi edad, eso sí, Tony, pero tú sabes, digamos que yo nunca fui un niño despierto, nunca lo fui, más bien fui lento, Tony, por eso apenas recuerdo. No entiendo lo que dices porque no me acuerdo bien a bien qué le pasaba a Michael Knight; no lo recuerdo, por eso no entiendo, eso creo, Tony, no seas duro.

¿Recuerdas? Una cara en medio del asfalto, una cara linda de negra, brillante, una cara azabache, como una mujer caballo era KITT. ¿No te parece? Volaba sobre el mundo de los hombres, volaba, volaba como un pegaso africano.

Era un Pontiac, Tony, un Pontiac Firebird Trans Am. Volaba porque tenía un turbopropulsor, Tony, lo tenía. Lo viste alguna vez, tú sabes, saltar obstáculos; volaba, volaba, sí, y era

indestructible, nadie lo podía detener, nadie porque tenía un blindaje molecular, Tony. Eso sí que lo recuerdo, sólo pocos lo sabían, nada ni nadie lo podía detener. Así era, grande y poderoso, alcanzaba hasta 350 kilómetros por hora; fantástico, ¿no?, Tony. Tienes razón, la tienes en todo lo que dices; volaba, volaba.

Bah, Poquelín, dices tonterías.

Knight Industries Two Thousand, así era como se llamaba en realidad. ¿Recuerdas, Tony? Knight Industries Two Thousand, cómo olvidarlo, cómo olvidar aquello. Era un auto supremo, la mejor invención del hombre, ese auto sí que sabía de leyes, Tony, sabía de leyes, sabía qué hacer con su poder. Recuerda que no dañaba a las personas, que no hería, que estaba programado para no lastimar a nadie, para no hacerle daño a nadie. Qué carrazo, Tony, ¿verdad? ¿Soñaste alguna vez con tenerlo? Yo sí, yo soñaba todos los días con tener a KITT, lo soñaba. Había mañanas en las que me despertaba y esperaba que mi padre tuviera en el garaje a KITT y no esas miles de cajas de porquería. Tony, siempre quise eso, siempre lo quise, lo sabes. Pero no, ahora no lo quisiera tener, tú sabes, Tony, ahora KITT nos perseguiría a nosotros y eso me da miedo. Si él se entera, si él un día viene a México a una misión especial, seguramente le dirían de nosotros y vendría inmediatamente a capturarnos, porque KITT es así, implacable con los malos. ¿No, Tony? No deja que los malos ganen. Recuerda lo que decían al iniciar la serie: “El auto fantástico es una trepidante aventura de un hombre que no existe, en un mundo lleno de

peligros. Michael Knight, un joven solitario embarcado en una cruzada para salvar la causa de los inocentes, los indefensos, los débiles, dentro de un mundo de criminales que operan al margen de la ley... ¡el mundo del auto fantástico!". ¿Recuerdas que así decían, Tony? ¡El mundo del auto fantástico! A cuántos nos salvó la tarde, a cuántos nos limpió las lágrimas ver ese programa en las noches, a cuántos. ¿Te imaginas, Tony? A cuántos niños nos reconfortó saber que había algo bueno después de todo, que había algo bueno en algún barrio gringo por el que valía la pena seguir vivo. No importaba que estuviera lejos de nuestro barrio, daba fuerza, Tony, ¿sabes? Me daba fuerza para enfrentar el carácter de mi padre y los golpes de los tipos de la calle. Saber que existía era bueno. Pero ahora, Tony, ahora… ¿ves la diferencia? Ahora me daría miedo que existiera, de verdad, me daría miedo, mucho miedo, porque ahora somos los que vivimos al margen de la ley y ese Pontiac Firebird es indestructible, literalmente indestructible. Si viniera por nosotros, nos acabaría, nos acabaría; Michael Knight nos acabaría. Ellos dos son más poderosos que todos nosotros.

Bah, Poquelín, estás hablando tonterías, como siempre. ¿Quién cojones sabe de nosotros? ¿Quién cojones, por todos los diablos, va a delatarnos? Y si nos delatan, quién carajos le diría a Michael Knight que nos atrapara. De cualquier forma, esas son patrañas, Poquelín, son patrañas de la televisión. Nadie va a venir por nosotros, tonto, ni ellos ni nadie. Ahí están Knight y KITT y míralos, terminaron en ocho temporadas y el crimen sigue, Poquelín; ellos salieron del *rating* y nosotros

seguimos, es nuestro espacio, es nuestro tiempo. ¿Por qué le temes a un auto que ya no existe? Eres tonto, te lo he dicho siempre.

Pero esa voz, Tony, esa voz de Carlos Revilla, Tony, si la escucho una vez más, me muero o le meto un tiro entre los ojos. Una de dos,Tony, pero no la soportaría, de verdad no la soportaría. Me envenena, me aterra, Tony. Si la escucho otra vez, voy a enloquecer de miedo; esa voz es la imagen de lo indestructible. ¿Recuerdas que KITT era indestructible por su blindaje molecular?

No era Carlos Revilla, Poquelín, por un demonio, no era ese tipo, ese tipo era otro español; la voz era de Germán Robles, cojones, Germán Robles. Sólo él podía hacer esa voz. KITT era un carro negro como sus películas, Poquelín, aquella famosa de *El ataúd del vampiro*, bellísima, amigo, bella como cualquiera. Germán Robles, Poquelín, lo conoces, lo sabes, como un cojón, lo has visto, por favor, no seas tan tonto como yo pienso, hombre, Poquelín. Germán Robles, el de *El castillo de los monstruos*. Torpe, recuerda esa voz que te asusta como una vela, recuerda, por el demonio, recuerda, esa es la voz: Germán Robles, el conde Karol de Lavud, "La cabeza viviente", por mis cojones. Cuando la escuches te darás cuenta, Poquelín, te darás cuenta de tu error. Eres hombre y tienes errores y ese puede ser tu peor error, confundir esa voz. Una voz te puede matar, Poquelín, una voz, confundir la textura, confundirla te puede matar, por Dios; lo hará si no me escuchas y entiendes que era Germán Robles, era la voz de Germán Robles y de nadie más, de nadie más.

Le daré un tiro entre las cejas y nunca la escucharé, nunca, Tony. Tengo tanto miedo de esa voz, de esa voz que decía: "Hola, Michael". Esa voz, Tony, ahora me importa un carajo de quién sea, de verdad, Tony, ahora me importa un carajo. Le daré un tiro en la frente, en la frente, entre los ojos, para que nunca venga a México y nos descubra y nos liquide uno por uno y los de la TV nos vean con sorna en la cara, y los niños como nosotros aplaudan y digan en su mente: "Se lo merecían por malos, por ser malos hombres". Y luego la humillación, Tony, y todo lo demás, la cárcel y el miedo, sobre todo el miedo, Tony, el miedo de estar vivo con la angustia de esa voz, de ese matiz que retumbará en las paredes de nuestra celda por siempre: "Misión cumplida, Michael"; "Hola, Michael".

Pero un día Tony Vinicio dijo en medio de una reunión clandestina; dijo con la mano en alto (en medio de pájaros de fuego verde y manzanas y un auto brillante), frente a los demás que lo veían con celo de gato y rabia de cualquier otra cosa, frente a los otros que lo veían con el respeto de los perros. Y él, en medio de toda esa basura aposentada con sus traseros de cerdo en esas sillas tan caras y sus rostros de penes hinchados de chancro como en una comida animal. Tony Vinicio dijo con su voz de crótalo de oro: "Matar es la manera que tengo de vencer. Ellos están muertos y yo estoy vivo. Es mi victoria personal". Y no aplaudieron porque ya no tenían manos o estaban atados; otros no tenían dientes, y otros no vieron porque ya no tenían ojos. Pero el hedor de la sangre y las moscas que llegaron como tigres polvosos a la bodega que se incendiaba fueron como una ovación que duró el tiempo que esos perros indeseables tuvieron para gritar, los que tenían lengua, y retorcerse, los que aún conservaban sus miembros. Un aplauso supremo que Poquelín disfrutó como un esbelto duende.

Te cuento, Poquelín, de un buen amigo mío. Era un hombre sensible, bajito y feo. Imagínatelo, Poquelín. Era japonés, un japonés común y corriente. Muy sincero, muy atareado con las mujeres, deseoso de mujeres, Poquelín; sí que le gustaban, sí que le gustaban mucho, eran su pequeño placer. Las saboreaba.

Te cuento que lo conocí en París, Poquelín, eso lo recuerdo bien. Dónde y cómo, no lo sé, no tiene que ver eso, no importa, pero estaba en París. Caminaba por una calle y yo llevaba una cerveza en la mano; buscaba pelea, buena pelea, con la policía sobre todo: unos buenos golpes, un buen chorro de sangre brotando de la cara de alguno. Y él iba caminando y me ve con la cerveza y me dice: "Me gustaría beber contigo". Pensé que golpearíamos nuestros rostros o nuestros cuerpos hasta hacernos sangrar la nariz y la boca (el cuello, esa montaña que cubre aquel poderoso río subterráneo). Le dije que sí y fuimos a un bar; yo, con las manos cerradas, con el extraño placer de una próxima buena, exquisita, golpiza.

Y entonces me dijo que era de Okinawa y que su padre era un contador de no sé qué y que tenía un hermano más grande y un tío con cara de monte Fuji al que quería mucho y que siempre jugaban juntos, los cuatro. Era un buen juego: su padre, trata de imaginártelo, Poquelín, se disfrazaba de caballero medieval, imagínatelo, y su tío se disfrazaba de ogro, un

enorme ogro, feroz como las voces que de repente llegan en las noches sin sentirlas ni invitarlas. Entonces él era un niño y su hermano era un niño y veían cómo su padre, ese caballero y su tío, ese ogro, se peleaban por ellos; el caballero defendiéndolos y el ogro dispuesto a tragárselos en el acto. Y ese japonés me contó todo eso en la primera cerveza y yo me aturdí y me aburrí, pues estaba esperando para soltar el primer golpe, para soltar el golpe adecuado en la nariz, romperle la nariz y ver la sangre manchar su camisa blanca de ese color enorme que es la sangre, ese pigmento.

Era aburrido, Poquelín. ¡Qué cojones me importaba saber de sus juegos de niño! ¡Qué demonios me importaba su infancia! Yo sólo quería sangre en el rostro. Me dijo después que su padre siempre perdía y que su tío, el cojonudo ogro deforme, siempre se los llevaba y simulaba que los hervía en una olla que ya tenía allí y luego, frente a los ojos de su padre, se los comía con tanto placer que esa cara oculta tras la máscara de ogro siempre la tuvo presente, siempre, todo el tiempo, hasta cuando veía mujeres, hasta cuando conquistaba mujeres con esa sonrisa parca y ese delgado sentido del humor.

Nada tiene de sorprendente, Poquelín, ya lo sé. Te digo, la amistad nunca es tan sorprendente como parece, siempre termina en el tedio de las mismas historias. Pero mira lo que pasa, deja que te cuente lo que pasa, lo que pasó después. Días después vi a ese japonés en la primera página del periódico, en primera plana. ¡Bárbaro!, pensé, conocí a una celebridad. Y compré el periódico y leí que ese japonés se llamaba Issei

Sagawa y que se había comido a una mujercilla holandesa llamada Renée Hartevelt. ¡Por todos los demonios, Poquelín!, el gusto que me dio, el gusto que me dio compartir la mesa con tal personaje. Buen hombre ese tipo. Les dijo a los reporteros: "Sólo quería conocer el sabor de la carne humana, de la carne de una chica joven y atractiva. Cuando uno se enamora de una mujer, lo normal es que quiera besarla. Para mí es lo mismo. Sólo quería probarla. Soy un caníbal. Es una obsesión". Te juro, Poquelín, que me dio tanta gracia aquello que casi salto del gusto. Yo era joven y había conocido a un duro de verdad, a un duro de carne y hueso, a uno de los hombres sin miedo, a uno de los grandes hombres sin miedo.

Entonces, Poquelín, te digo, que quise acercarme a él y platicar con él y decirle el tamaño de sus cojones, el enorme tamaño de sus cojones. No pude acercarme, y entonces le mandé una carta clasificada. No llegó y él no me iba a responder. Así que me quedé con las ganas de tenerlo cerca y platicar y fue entonces que le seguí la pista. Estuvo cuatro años en un psiquiátrico de París y luego lo mandaron a Japón. Poquelín, en Japón hay justicia, tú lo sabes, siempre te lo he dicho, siempre lo he hecho, te he dicho: Poquelín, en Japón hay justicia real. Y es por esto, es precisamente por esto, mira: Sagawa llegó a Japón y salió libre. Sí, Poquelín, lo dejaron libre al hombre. ¿Entiendes lo que te digo? Ahí sí hay justicia, ellos saben de los hombres sin miedo, de esos hombres, Poquelín, y le rindieron un tributo enorme. Se convirtió en una estrella, Poquelín, sí, en una enorme estrella; hace porno, Poquelín, hace porno y

recomienda restaurantes por televisión; sí, es verdad lo que te digo. Un día en uno de sus programas un hombre que estaba ahí en el público le preguntó con mala intención si a él le importaría ser comido (recuerda que tenía un programa gastronómico –qué hermosura, Poquelín–) y aquel hombre, aquel hombre respondió con toda la calma de sus cojones: "Soy un tipo feo y bajito. Me gusta la gente fuerte y robusta, sobre todo si son mujeres guapas. Y en mi cabeza comer y ser comido es lo mismo. No me importaría que me comiese una mujer, siempre que fuese joven y atractiva".

Me reí mucho, Poquelín. Es de las pocas veces en las que me he reído así. Hay que tener esos cojones tan grandes. ¿Sabes cómo me sentía? Yo había conocido a ese hijo de puta, lo había conocido y había bebido con él y algo que hace de esta historia algo increíble: le había roto la nariz y dos dientes. ¿Te imaginas, Poquelín, sentir que le has roto la cara a un hombre con los huevos del diablo entre las piernas?

Oye, Tony, soñé que me pajeaba con un girasol. ¿Es normal, Tony? Me preocupé un poco. ¿Es una señal, Tony? No quiero asustarme.

Me acordé de la historia de tu amigo japonés, ¿sabes? Leí una noticia muy graciosa (apenas me contaste la historia del gran cojonudo y apareció esta noticia): En Japón hay un restaurante de sushi donde el plato es una mujer de comida, de carne de pescado. Esa muñeca está rellena de comida; no sé bien qué, sushi, sashimi y esas cosas impronunciables. Cualquiera puede abrir a la muñeca y la muñeca sangra, Tony, sangra y dentro de ella hay comida. ¿Te imaginas? Qué espectáculo. La mujer tiene tamaño real y hasta tiene pelos, Tony, je, *hairy*, ¿no? Supuse que te gustaría y supuse, ya sabes como soy, ¿no, Tony? que tu amigo, ese japonés, había recomendado ese restaurante, ¿sabes? Está por su estilo, ¿no? Si fuera él, recomendaría ese restaurante. Bueno, también lo recomiendo sin ser él, ¿sabes? Me cayó bien tu amigo.

Un auto negro, una motocicleta parada en la esquina del barrio más pobre de la ciudad (una ciudad tan pequeña como cualquiera). Había en el fondo un viejo perro fumando piedra y detrás de él, detrás de él, como la imagen de una diosa de porquería, estaba Thérèse Philosophe, sifilítica y perfecta, con esas piernas moteadas de caballo metálico.

(Olía a carne humana)

Tony Vinicio caminaba por la calle recargado en la noche, confianzudo, con la música coqueta de Manimal en la mente, con el poder transformador del Dr. Chase, con las piernas y el color perfecto de Melody Anderson, con aquello del joven y apuesto caballero*: Dr. Jonathan Chase is a wealthy, young, and handsome man with the brightest of futures with a very dark past. From Africa's deepest recesses, to the rarest peaks of Tibet, heir to his father's legacy, and the world's darkest mysteries is Jonathan Chase, master of the secrets that divide man from animal, animal from man, Manimal*. Entonces se sentía parecido a una pantera recorriendo con la cara el pelo azulado de los callejones. Sentía el vibrar, un vibrar fuerte como la voz de Cooker, como una voz de James Brown que nunca, nunca, le había gustado, pero ahí estaba el estridente grito negro, negro, negroide como la noche.

Un buen trago, un buen trago y luego una, dos, tres mordidas de serpiente, el caliente aroma de la bala, como un café bien cargado en la mañana, que quema la lengua, que quema el paladar y lo marca para siempre como si fuera un esclavo raído. Sí, un buen trago y un balazo en medio de la mesa, en medio del rostro más atrayente, como un Pollock en medio de la cantina o de un cuarto de hotel o en la alfombra un poco cara de cualquier millonario. Esa sensación de liberarse del veneno, de liberar el veneno, una mordida, transformarse en un animal, convertirse en un animal como el Dr. Chase, como ese Dr. Chase que se transformaba en águila, en serpiente, en pantera, convertirse en eso y recordar la imagen tormentosa de la transformación. Sí, ya lo sentía, era el deseo, el deseo del veneno, y todo, de repente, se transformaba en un infierno, en un calor prematuro y constante.

Su barco siempre está mar adentro. Un grito sin funda de COLT A1911H1, que un muerto se llama Armanda, otro Helena, otro Hera, otro Venusina, así de nombres hasta contar cien, ciento cincuenta, cientos de nombres distintos y esa noche, ansiosa, espera el bautizo nuevo, bautismo con fuego: llegará el que bautizará con fuego. Y Tony se ríe porque ese bautismo con fuego es el bautismo del Espíritu Santo, y ese Espíritu Santo era el fuego, la bala y no se sentía tanto el Dr. Chase sino Jesús de Nazaret, y lo sentía de verdad, sentidamente, no creía en ello tanto como en Michael Knight o el Dr. Chase o en Peter Parker, pero lo tenía presente, lo tenía muy presente, por esas cejas del sacerdote cuando niño y la mano en alto y

el fuego, la muerte, el incesto, la rabia y el castigo de Dios, tan poderoso como Galactus, que destruía con fuego las islas pecadoras. Y ese poder, ese canto de pipa transversal como una flauta imposible, le calaba los huesos y por noches seguidas, entre el derrumbado centeno de los otros, decía: "Soy el que bautiza con fuego", y un solo trueno salía mágicamente de su cañón de hopo y caía en la frente, como si la cara fuera un monte y un árbol o cinco italianos muertos.

Thérèse Philosophe lo recibió con las piernas en medio del agua. Puta puteada como actrices viejas que Tony recordaba en tecnicolor. Y ella dijo, o pareció escucharse: "Esto es la cueva de la Gran Dolina". Y entonces Tony comprendió el caldeo del ambiente, el olor a carne humana y echó un vistazo y vio dentro de esa cueva a diez homínidos compartiendo el cuerpo de dos muchachos de piel tan blanca como una hoja de papel bond. Thérèse Philosophe lo miró, le agarró el pretil y le suplicó un beso, un gran beso. "Recuerda", le dijo, y Tony miró de nuevo dentro de la cueva de la Gran Dolina y vio la sangre de un riñón que escurría en su camino sin fin hacia el estómago de uno.

(Thérèse Philosophe dijo no otra vez)

Y el fuego.

Diomedes llegó a la oficina. Venía con su séquito de perdedores, uno tras otro como pinos de bolos. Tan torpes como un King Ping desahuciado y lerdo. Venían por un asunto de

drogas, cargamentos grandes de drogas y su pequeña horda de estúpidos que no sabían cómo controlarlo.

Que contigo viniera, me dijeron, Tony, sabes tú, Tony Vinicio.

Y Tony no tenía ganas de ayudar en nada a ese hombre sin cojones. "Poquelín, aléjate de los hombres sin cojones, son pena".

Gran cargamento, sabes tú, coca viene en camino, camino a casa, Tony. Dinero, mucho.

No estaba mal la paga, nada mal, nada, nada mal y la cara de Tony se le resecó un instante y lo dudó y de su cabeza apareció humo, ese humo denso como el humo que sale cuando Jonhy Cash canta "Personal Jesus" y esa voz de garrapata ebria inunda la casa y se oye con esa guitarrita llena de coca y anfetas: *Your own personal Jesus / someone to hear your prayers / someone who cares / your own personal Jesus / someone to hear your prayers / someone who's there*. Tony la recuerda con Jonhy Chash, un hombre con cojones y no aquellas blandas úvulas que mariconean en un escenario púrpura. Y no dice nada, sólo lo mira.

Tony, anda, tu ayuda necesitamos, en mí confías, Tony, Diomedes, carajo, de trabas basta, jugoso negocio es para todos, Tony.

Y en ese hombre sin cojones no confiaba. No tenía nada que ver con que fuera hombre o mujer, se tienen cojones o no se tienen, se anda por el mundo así, sin cojones y un hombre no puede confiar en otro hombre sin cojones o en una mujer sin cojones y a ese hombre, Diomedes, le faltaban los cojones, nunca había tenido y eso era lo peor. Aca Larentia tenía

cojones, por eso le gustaba, porque tenía cojones, pero ese tipo, cerdo como un barril de acné, ni siquiera conocía el significado de la palabra.

Pero era su dinero y Poquelín y él y Aca Larentia lo querían. Tony pensaba hacerle un buen regalo a Aca, le gustaría llevarla a comer a algún restaurante bueno, muy bueno, no de esos de chinos que inundaban la ciudad, a uno realmente caro, quizá en otro país, quizá decirle: "Vamos a Roma a cenar" y luego largarse y regresar una semana después o un mes después o un año después, no importaba. La extrañaba.

Pero un hombre como Tony no puede dejar de matar, dejar de robar, de torturar; siente en el pecho el rasguño de Nemea que no ha cicatrizado todavía.

¿Cuánto dinero es, Diomedes?

Poquelín torció la boca y no le dijo nada, pero pensaba para sí: "Tony, je, no basta, Tony, tú sabes, con el dinero, ese pelotudo no es de confiar, nada de confiar", pero no dijo nada porque no quería contrariar a Tony frente a los demás, quizá le diría después. Pero la verdad era que Poquelín también sentía la necesidad de correr ese riesgo, la necesidad de sentir las balas y los golpes rozar su cabeza. Se imaginaba, en lo más profundo del cerebro, asaltando el barco, disparando a Alcmena para todos lados y sentir el latido de los corazones explotar como mollejas negras.

Mucho es, Tony, mucho es.

Quiero saber cuánto dinero es.

Tony sabía que era mucho, sabía del cargamento, lo sabía bien a bien, pero Diomedes no era de confiar, era un cobarde, un mierda y quería estar seguro del dinero, aunque Tony estaba convencido de que al final del trabajo ese gordo intentaría matarlo, troncharlo a la primera de cambio. Quería estar seguro de la cantidad para que al final una bala le rompa la cabeza y él, Tony Vinicio, tome lo que le pertenece. Hombres como Diomedes no merecen vivir.

Verde, un millón.

Es poco, Diomedes.

Entonces uno y medio.

No me interesa.

Había más en juego, treinta, cuarenta millones, todos para aquella mierda. Tony lo miró de cerca. Los hombres de aquel cerdo ni siquiera se atrevieron a detenerlo.

Púdrete, Diomedes.

Los demás se cagaron del miedo, se cagaron esa mierda blanca que sale del culo cuando se teme de verdad, que mancha los pantalones de fragancia matutina, fría como una mañana de invierno.

Calmarte debes, Tony, calmarte debes. La total ganancia son treinta, pero muchos somos, sabes tú.

No había nadie más, nadie se atrevería a robarle coca a Faustulus, menos un cargamento tan grande. Diomedes había ido con Tony como único recurso, para mandarlo al frente y él recibir el dinero y la coca en bandeja de plata. Una mierda.

¿Quiénes más?

Ortos, Euristeo, Lerno, Pogo y Jonhson.

¡Pura mierda, Diomedes!

Era un conjunto de mierda, una letrina tonta para un trabajo tan grande, tan grande como ese.

Mejor entre más seamos, conoces tú a Faustulus y sus hombres.

Mierda, mierda, mierda.

Poquelín conocía esos ojos de Tony, esos ojos perdidos en un país del norte, perdidos en la inmensidad, perdidos en los callejones de Leningrado, en el sitio de Leningrado. Acarició a Alcmena, la supo dentro de sus ropas (esa fogata eterna), la palpó.

Es pura mierda, Diomedes. Tú eres pura mierda.

El gordo se levantó de un brinco y sus esbirros lo cubrieron como se cubre a una princesa virgen, la muy puta. Sacaron sus armas, pero apenas pensaron en ello, una ráfaga infinitesimal recorrió sus venas hasta saciarlos de la armónica melodía de Heckel & Koch HK 54, el mejor compositor de todos los tiempos.

Diomedes quedó sentado en el piso, con un charco de orines que manchaba sus pantalones de amarillo fosforescente. Tony acarició con lento ademán a Helena y, con un apacible abraso, le rompió la rótula al cerdo. Se escuchó un grito.

Poquelín, has de saber que Andrónico va a tener fiesta.

Diomedes no entendió lo que Tony decía, pero estaba a punto de ser comido en un gran banquete en la zona más

rica de la ciudad. Un espectáculo a su altura y a su peso, por supuesto.

Poquelín ya preparaba la mordaza.

Tony, no me he podido quitar de la cabeza aquella canción, ¿sabes? "Walk like an egyptian". ¿Recuerdas? *If they move too quick / (oh whey oh)...*

Había una casa grande, y Andrónico esperaba sentado en un sillón lleno de girándulas. Ojos en todos lados se apartaban de su paso: era la fiesta y se levantaba supremo con los brazos abiertos. Poquelín piensa: "Se parece a Carl Stargher". Como si Tony lo hubiera escuchado con la mente, dice en voz muy baja: "Sí, se parece a Carl Stargher y estamos en su reino". No puede evitar asustarse un poco porque recuerda aquellas escenas de Tarsem Singh, esa imagen cuando Stargher se levanta de su trono y él, Tony Vinicio, recuerda que dijo para sí mismo, para que Poquelín no lo oyera: "Cómo quisiera tener ese mundo y poder ordenarlo todo a mi antojo y hacerme un trono así y una capa así y un fervor así, fuera de todo orden".

Andrónico se levantó de su trono y parecía que no tenía ropa, sólo un tul o un costal amarrado como un santo visionario. Estaba descalzo y sus pies eran de oro, parecía cubierto de una luz de oro que era eterna y rejuvenecedora. Alzó las manos, abrazó a Tony y dijo:

Tony, hombre, festiva tu presencia en mi casa. Espero que vengas en paz.

Y luego se rio con una sonrisa de Andrónico, una línea trazada por el aire. Después dijo, mientras se separaba violentamente y abrazaba a Poquelín:

Fiero Poquelín, que tus ojos no sean esta noche los últimos que vea.

Y sonó el trino de una flauta y el tambor alejado de bruma. Andrónico se meneó a su trono. Con su mano de aspa tronó los dedos y una mujer llamada Nix vino a él. Parecía que no tenía pies.

Nada dijo. Se paró frente a Andrónico y le acarició los brazos.

Bienvenidos.

Tony lo miraba fijamente. Le provocaba asco negro, miasma, trémulo. Las imágenes más apocadas del esgrima: la noche sin alcohol; sin cigarros; en un cuarto húmedo con la radio prendida; música mexicana, bésame mucho por ejemplo. ¡Qué imagen!

Venimos en paz, Andrónico, y traemos un presente.

Andrónico lanzó a la mujer, se levantó con la mirada de un perro contento, una criatura feliz y esa sonrisa de Andrónico pintada como una línea por el viento. Con las manos juntas y tensas, dijo:

Quiero, quiero verlo. ¿Qué es, Tony?, ¿qué es?

Y comenzaba a brincar por esa sala enorme. La flauta y el tambor tocaban con mayor fiereza. Poquelín pensó: "Quiero irme". Lo pensó no por miedo, bien podía meterle quince tiros a ese marica, pero tenía que estar ahí, por el regalo y por Tony.

Poquelín atrajo un saco negro, plástico, una vejiga negra y la mostró a Andrónico, quien parecía que se meaba en su tul o

su costal de santo visionario. El costal se movía como un pollo a punto de nacer, se movía desesperadamente.

Andrónico gritó.

Poquelín quiso sacar a Alcmena y disparar una y otra vez sobre ese cuerpo pustuloso y recio; pero no lo hizo, por Tony.

¡Es uno vivo, es uno vivo!

Andrónico se lanzó a la bolsa y la abrió de golpe. Esperaba un gran cuerpo, un cuerpo relleno de tripas y pedos y hedor. Vio la cara de Diomedes, quien ya lloraba y se retorcía.

Los ojos entonces se le iluminaron y, con una carcajada, llamó a los demás, que se ocultaban entre las cortinas enormes del recinto.

Te has ganado mi aprecio, Tony, te lo has ganado.

Una mancha negra de tiza se acercó y olió a Diomedes, como si fueran perros viejos. Andrónico se levantó de golpe y aplaudió como un bufón. Ya babeaba, ya salía de su boca ese colmillo amarrillo y pútrido.

Tony le dijo a Poquelín: "No voltees". Caminaron al amplio jardín de la mansión, se subieron a su viejo auto y pudieron escuchar, cada uno en su mente, como si cada uno pudiera leer la mente del otro, el grito de Diomedes pidiendo piedad mientras era mordido. Tony pensó: "Le faltan cojones". Poquelín dijo: "Sí", con una sonrisa, como si se leyeran la mente, como si fueran gemelos o el mismo blando y gris cerebro.

De los buenos hombres, Poquelín, hay pocos de los buenos, amigo. Confío en ti, en tu capacidad, en tu presteza, Poquelín. Deja te cuento de Ed Gein, Poquelín, un hombre, un hombrazo de sepa pura, hombre gradado, muy rijoso, buen hombre que gustaba del silencio y la cerveza a hurtadillas. Lo conocí, te digo, en la sombra de un pueblo de Wisconsin, cerca de Milwaukee. Era retraído el buen Ed, apenas hablaba y cuando hablaba siempre decía cosas de su madre, Poquelín; odiaba a esa diabla en faldas de monja. Era una puta su madre, amigo mío, igual de blanca que él y fanática hasta la rabadilla. La muy puta se llamaba Augusta y él quería matarla.

Un día me dijo su nombre, me lo dijo con miedo; volteó antes para todas partes, como si sospechara que los viejos y enfermos oídos de su madre lo escucharan. Me dijo su nombre completo mientras le daba un sorbo a su cerveza ya caliente por las supuraciones del verano. "Me llamo Edward Theodore Gein". Fue entonces que dije: es un gran hombre. Se le notaba en la mirada de reojo que de vez en vez me ofrecía. "Me llamo Edward Theodore Gein y detesto a mi madre", me dijo de nuevo mientras apretaba la cerveza y miraba fijamente cómo el viento hacía crujir las malditas hojas que atascan Milwaukee. Entonces le dije: "La voy a matar". Él se alteró un poco, no lo esperaba así de un desconocido (aunque sentía que lo conocía

de años, que era como un hermano perdido en el mundo que de repente siente en el cuerpo el palpar de la sangre), y me miró con gracia animal, parecía un cordero maravillado ante la idea de la muerte. Así abrió los ojos, parecía aquel venado de Salten, y me causó repulsión por mísero, por cobarde, porque supe en ese momento que nunca me diría que sí. Sin embargo, mi aprecio y esa admiración secreta y dura no desapareció, al contrario, Poquelín, supe desde ese momento que ese tímido, casi nulo hombrecillo, tenía cojones y de los grandes.

No lo volví a ver. Al parecer, la puta de su madre se enteró de que bebía en los pequeños recesos de su vida. Le prohibió salir para siempre. Tuve que ir a Washington, trabajo, Poquelín, y me enteré de lo inevitable; los ojos se llenaron de sal y un gozo ferviente me invadió las vísceras. Así es, Poquelín, Ed Gein había sido arrestado por homicidio y canibalismo. Buen término, buen término, Poquelín, para un hombre tan sensato como él.

Se dijo que sacaba cadáveres y con la piel de las mujeres se hacía ropa, lámparas, cortinas y cobijas. Quería, lo dijo, hacer un retrato de su madre con la piel de otras mujeres, Poquelín, una hermosura de la alta costura. No era excéntrico, tenía, deja decirte lo que pienso, una forma revolucionaria de ver el mundo. Hizo de la piel lo que verdaderamente es, ropa natural. Hizo otras innovaciones: platos de sopa con cráneos (rescató costumbres ya perdidas en la moral victoriana de la sociedad contemporánea), se comió a una que otra mujercita, un collar de labios humanos, un chaleco de vaginas y pechos,

un cinturón hecho con pezones, cráneos de cenicero. Cuando la policía entró a su casa, la mujerzuela que estaban buscando, una tal Bernice Worden, colgaba de los tobillos, decapitada y con el pecho abierto, ya sin vísceras. Imagina la impresión de la policía. ¡Hubiera dado todo por ver esas caras embotadas de terror!

Lo acusaron de necrófago, pero él dijo, mira que cojones: "No hago nada con los muertos porque huelen muy feo". ¿No es genial?

Dicen que después de muerta su madre (ni yo ni él la matamos) Gein comenzó a hablar solo; imitaba la voz de su madre, aguda y chillona, y se vestía como ella para no olvidarla. Pero no creo que haya sido real eso; creo que es más una figura policiaca para desacreditar un verdadero bestión de la humanidad, un verdadero cisma entre la ley de los hombres y la ley de la naturaleza. Dejemos que exageren, Poquelín.

Como a muchos, no lo dejaban tener contacto con los demás. De cualquier manera no quise arriesgarme a visitarlo o escribirle, mi asunto estaba caliente y cualquier relación con aquella celebridad (porque se convirtió en una celebridad) me traería más problemas (cuando aún pensaba en la vida y sus virtudes y me cuidaba las espaldas, era un niño). Así que no me atreví a visitarlo en el hospital psiquiátrico en el que estaba.

Ed Gein, cojonudo el hombre, Poquelín, un hombre cojonudo, como los que faltan hoy en este país de agachadas ovejas.

Soñé con un árbol en medio del mundo y un verde, Tony, un verde grande que cubría todo. Llevaba a Alcmena bajo el

brazo como si me guiara, Tony, tú lo sabes, como la guía de una mujer que nunca se cansa y quiere más toda la noche, Tony; nada hay mejor que una Heckel & Koch HK 54 en un sueño, Tony, no hay nada como esa compañía tan versátil en medio del miedo, Tony. Porque he soñado que tengo miedo, que tengo mucho miedo, que me veo morir enfrente de un obeso repleto de tornillos y vapores, como un tren o como el motor de un tren con forma de hombre o como un hombre con cuerpo de motor de tren; así lo he soñado, Tony, y debo confesar que tuve mucho miedo, porque eso era, miedo de ese hombre y de su poder, porque sabía, en el sueño, Tony, que me mataría.

Entonces me acordé de Robocop. ¿Recuerdas? Peliculaza, Tony. Tú debiste verla, estoy seguro. Alex Murphy, sí, Tony, era la primera película de Paul Verhoeven. ¿Recuerdas, Tony, cómo masacraban a Alex Murphy y cómo Anne Lewis lo rescataba de las garras, garrísimas de Clarence Boddicker? Ese hombre, Tony, tenía cojones, de verdad los tenía; pero Tony, te digo que he soñado con el miedo y que un hombre como máquina termina por matarme por más que le regalo un cuarteto de Heckel & Koch HK 54. Me sueño así, disparando sin parar porque me cago del miedo frente a ese hombre gordo y metálico, sólo ahí relaciono a ese gilipollas con Robocop y me digo: "Carajo, Poquelín, ese no es otro que Robocop". Entonces me entra más miedo, mucho miedo, como si entrara a mi cuerpo una descarga de cocaína por las venas en medio de una taquicardia (¿así se dice, Tony, cuando se acelera el corazón?).

Luego veo un árbol y todo verde y siento el sabor de la pólvora en la nariz, como si hubiera esnifado una raya de dinamita.

Luego caigo, Tony, y me doy cuenta de que tengo un hoyo en la cabeza y que es el regalo de una Beretta 93R modificada y semiautomática como la que tenía Robocop, y sé en ese momento que no pude derribarlo porque está hecho de titanio y kevlar y que sería una locura; sólo me doy cuenta de eso cuando tengo el tiro en la cabeza. Sería tonto agarrarlo a golpes con un bate, con una espuela, con lo que fuera, porque un solo apretón de su mano podría destrozarme los huesos uno por uno con un toque malvado (sus manos eran capaces de ejercer una fuerza de 420 libras por pie; no sé realmente que sea eso, Tony, pero imagino que es mucho, todo arriba del cien es mucho, lo sabes).

Me despierto sudando, Tony, sudando en esta ciudad donde todo es frío y pacato y me limpio el sudor con la toalla que nos regaló alguna vez Faustulus. Me recupero con un *whisky* y fumo un rato y luego veo el canal de las caricaturas viejas y eso apenas puede quitarme el miedo, el terrible miedo que me causa ese sueño. Y luego pienso, Tony, que todos los héroes de mi infancia se han convertido en mis enemigos y eso no me da gusto, me da miedo porque es verdad, Tony, hay días en los que me siento muy solo.

Luego le hicieron una película; le hicieron una película y antes una novela, como siempre sucede. La hizo Robert Bloch y se llamó *Psicosis;* y luego Alfred Hitchcock.

Luego la casa de *Masacre en Texas* y *Leatherface* eran en el fondo Ed Gein.

¿*Bufalo Bill*, de Thomas Harris, es Ed Gein?

In the ligth of de moon, de Chuck Parello, o *The Butcher of Plainfield,* de Michael Feifer.

O esa canción de Slayer, "Dead Skin Mask".

O la capacidad de ese hombre para influir en toda una época.

O un verdadero genio de nuestra época.

Aquel hombre creía que mataban por placer. No, no cobramos, le dijeron y aquel hombre insistió que no tenía dinero, pero que ofrecía una dulce venganza, una mujer traidora, cosas domésticas.

Mejor vete, cobarde.

Y aquel hombre lloró de rabia e impotencia y por lo menos préstenme un arma. Tony sacó su COLT y le abrió el entrecejo.

Cuando llegó Poquelín rio y se agarró el estómago de la risa y supuso bien que aquel hombre no tenía dinero ni cojones y que Tony no aguantó aquello y lo había matado como se mata a un perro que ha mordido la comida de la casa.

Aca Larentia no merece esto, Poquelín, no lo merece, no puedo permitirlo.

Fue lo último que dijo antes de sacar el cuerpo y llevarlo, junto con Poquelín, a un monte despoblado para rociarlo con gasolina y dejarlo consumirse hasta desaparecer y después fumarse un cigarro y beber cerveza y dormir y soñar con Aca Larentia desnuda en algún lugar del norte donde huía de Faustulus y luego sentir de nuevo esa rabia: Aca Larentia huyendo con cojones por el norte y aquel cobarde lloriqueando antes de tener valor. No había nada más que decir mientras Poquelín

esnifaba en el viejo Mustang tarareando *con el apagón, qué cosas suceden, qué cosas suceden con el apagón* que se le había quedado en la mente cuando aquella tarde fue a golpear a un liderucho del mercado Jamaica.

El cadáver encontrado en los huertos de durazno, el olor de su cuerpo homosexual en pleno movimiento gay de San Francisco. El aroma contaminaba todo, el complemento de dulzura y el carcoma como caballerango en medio del desierto.

Bella Florida, en ti el durazno crece con sangre gay en medio de una matanza sin par, en medio de la máquina que es el hombre, en medio de las máquinas que son los pájaros, los mamíferos y los duraznos, duraznos mecánicos sin Burgess, sin Alex, sin nostalgia de Kubrick, solapado por el ánimo de un mecanismo perfecto que en cada una de sus aristas tiene el plan que continúa lo póstumo.

Entonces una pieza de The Ventures, muy a lo Tarantino, como todo, con todo y el calor de Florida y los duraznos y el cadáver muerto de veinticinco Donald's Smith regados por la tierra y "Walk don't run" (tirurururúrurúru) en un radio viejo bajo una pocilga que anuncia en un cartel un baile en beneficio de Juan Corona, ese Juan Corona, el mismo Juan Corona, "the Machete Murderer".

Algo así escrito, Poquelín. ¿Te imaginas?

Pero Poquelín, con "Walk don't run" en la cabeza una y otra vez, no le escuchó y apenas dijo un "sí", entre ferviente y adulador, sin entender nada.

Una carretera abandonada al sur de la ciudad; el sonido de un abejorro a lo lejos y el rugido apagado del Mustang.

Tony Vinicio manejando con la mano fuera de la ventana.

El cabello, ese su cabello, al aire seco, y las vacas flacas en la romería del horizonte.

Poquelín, recordando una vieja canción de los Beach Boys o algo relacionado con una serie de televisión olvidada por todos. No había en ningún lugar alteración alguna para que ambos se apuntaran a la cabeza con un arma.

Pero lo hicieron.

El calor era tan sofocante que parecía que el sol brotaba de la tierra y que de la tierra sólo emanaba agua en vapor que hacía sudar como nunca los cuerpos de ambos.

En el radio, una canción de Dat Politics, música estresante y corta para la imagen, desconocida y lejana; nada tenía que ver con ellos, nada.

Desde atrás se veían sus brazos tensos con Alcmena en la sien de Tony y Helena en la sien de Poquelín, quien sonreía con benevolencia.

Tony manejaba con la mano izquierda y apuntaba con la derecha. Poquelín, a punto de jalar el gatillo, apuntaba con la mano izquierda, el brazo como un mástil caído en batalla.

Luego, un ave se estrella en el parabrisas sin querer (pues

nadie se quiere morir), y los disparos y el coche que se tambalea por esa vieja carretera y el estallido que no deja ver a Poquelín y el estallido que no deja escuchar a Tony y la sonrisa y la carcajada y el coche que se estrella con un árbol duro como el concreto y luego la voltereta y la carcajada más fuerte aún y el carro que da vueltas y la tierra seca entre los dientes parecida a la nata de la madrugada y la música que cambia de repente y Os Pazuzus se escuchan y el locutor dice: "*Os Pazuzus con Os olhos sangrentos da Mâe Madrid*" y Tony que sale del auto completamente sordo y Poquelín que busca la salida completamente ciego. Las risas no se acaban. Tony saca a Poquelín del Mustang y se abrazan y buscan entre lo que queda del auto un poco de coca y alguna botella de *whisky* impoluta.

De pronto vaga por la calle con los labios rotos y los puños sangrantes y el frío lo hace pequeño, una voz diminuta en el coro de Sinatra, así, una tarde así de fría y gris como los trajes de Sinatra y su vida es una mierda y apenas son 18 años, 18 años de mierda y de pronto Faustulus, el hijo de perra, lo ve pelear y le regala unos pesos y le regala una toalla y lo invita a su casa.

De pronto el hijo de perra más poderoso del país le presenta a su esposa y lo trata como a un hijo, y conoce las armas y conoce los mecanismos de la muerte. De pronto, así, supone que es la suerte de los vagos. Buena suerte.

De pronto, porque la vida es así, mata a su mejor amigo.

Luego conoce a un psicópata esbelto y nervioso.

Luego se enamora de la esposa de Faustulus.

En un instante ya está por su cuenta ejecutando mierdas y robándole a aquel hombre que fue como su padre, cabrón, su padre.

Y suena en el aire el jodido Frank Sinatra, gris como la tarde noche de la ciudad. De pronto Tony Vinicio canta.

Let's take it nice and easy
It's gonna be so easy
For us to fall in love

Y Poquelín, nervioso y esbelto, corta la coca con un bisturí mientras imita a Francis Albert Sinatra como un apóstol de la noche.

Tony, mi amor, en el norte el calor pesa como la pena. Lo siento en el cuerpo (siempre tuyo) y en mis pies, que corren sin dejar un rastro entre la arena de este pueblo harto polvoso, harto seco hasta la médula.

Estoy en Janos, Chihuahua, y hace tanto tiempo que la lluvia no se muestra.

Algo se seca dentro de mí. Te extraño.

No hables, sólo escucha, que de por sí es poco lo que tengo que contarte (además me encanta sentir tu respiración por el teléfono, parece la respiración de un monte animal).

Faustulus me busca con más saña. Está herido, lo sabes, lo envenené a muerte, me siento traidora y lo soy. ¿Para qué mentirnos? Ha mandado a Mors por mí. He visto sus huellas en la arena, su sudor pastoso en la arena y me he convencido de que viene tras de mí con esa mirada vieja. No tengo miedo.

Ahora me persiguen por todos lados. Desde Madera a Babicora y de ahí a Buenaventura, Los Carbajales. Estoy cansada, mi amor.

No digas nada. Sabes que es imposible que vengas; es más, sabes que no quiero tu ayuda, ni tu ayuda ni la de Poquelín. Sería una grosería desairar a Faustulus, quiere matarme personalmente, matarme lentamente, como a él le gusta, con una sonrisa en la cara mientras le da de comer a sus canarios. ¿Para

qué quitarle ese gusto? Se lo merece, merece matarme, él es el único que puede matarme y el único con ese derecho.

Ojo por ojo.

Aquí en Janos hay muchas puertas, muchísimas puertas. Las puertas tienen puertas. Algo me alegra de esto, hay tantas cosas que ver en cada una, hay tanta sorpresa en cada una, que no puedo huir tan rápido. Créeme, hasta he pensado en no irme jamás de este pueblo y esperar que Mors me sorprenda aquí y Faustulus...

No importa, no quería hablarte para eso.

Por ahora estoy bien, Tony, y lo estaré siempre, lo sabes.

Cuelgo antes de que digas algo. Hoy no quiero que digas nada.

Entonces Orto descansaba en su sofá blanquinegro. Era gordo como un centauro y horrible como una pesadilla. Cuando vio que todos sus guardaespaldas (esos horrendos) mojaban la tierra con su baba roja, apenas se asombró y abrió sus delgados ojillos, como si no sintiera nada, como si no creyera en nada. Observó a Tony quitarse la sangre de las botas y a Poquelín escupir un chorro de saliva ensangrentada. Ambos lo miraban.

Él sabía que su hija estaba muerta. Nadie entraba ahí sin antes confrontar a su hija y matarla (*La que huele a los nacidos y husmea su leche, encuentre sales y harinas, y leche no encuentre*). Orto se llevó la mano a la boca y sólo los miró sin decir una sola palabra. ¿Qué podía decir?, ¿qué podía reclamar? (*Por culpa de nadie habrá llorado esta piedra*). No quiso pararse, era más digno, según él, morir sentado. Sabía que iba a morir, era lo único seguro frente a Tony Vinicio.

Fui lo que fui: una mezcla de vinagre y aceite de comer; ¡un embutido de ángel y bestia!

Poquelín escuchó el suspiro de Orto y su lamentación tan afeminada (¿verdad, Tony?) y comenzó a reírse como en una feria. ¿Qué quería decir aquel viejo rechoncho y mal oliente, sudoroso como un caballo de cuarto de milla, lleno de humedad amarga como los sapos y sus granos que resaltan fétidos? ¿Qué quiso decir con aquello, con eso de que era un embutido

de ángel y bestia? (ja, Tony, es más bestia que ángel, es una bestia entera). Poquelín nunca dejó de reír por aquello. "¡Un embutido de ángel y bestia!", diría toda su vida cada que le llegaba el recuerdo de aquel sapo casi bicéfalo que reptaba frente a ellos con la expresión muerta en el rostro y el llanto contenido por el orgullo.

Úntenme manos traspasadas por un clavo de oro macizo.

Y Poquelín, enfurecido, disparó al aire, harto de Orto, de su figura, de su fealdad, de su miedo y, sobre todo, de aquello que decía sin sentido, sin más coherencia que su desesperación, como si les pidiera con esos criptogramas que le perdonaran la vida por piedad; como si dijera entre líneas cuánto sufría por la muerte de su hija y que le perdonaran la vida, nada más, que le perdonaran la vida, pues sería más infeliz vivo que muerto; pues sería con su hija muerta un hombre atragantado de penas, destrozado y ruin. Pero Poquelín jamás había perdonado una vida, jamás; menos Tony, que ya encendía sus ojos de amiba y preparaba a Helena para darle el último tiro en la cara.

Por fin Orto soltó las lágrimas, no pudo contenerlas y lo que antes había sido un murmullo se convirtió, era de esperarse, en un reclamo furioso, en una plegaria terrible llena de mocos transparentes, meados y adrenalina, el olor quemante y agridulce de la adrenalina. Entonces se aventó a los pies de Tony y le besó las botas. *Cuando una boca suave, boca dormida, besa como muriendo entonces*, dijo, y se desparramó con los brazos abiertos pidiendo ahora sí, en silencio, que no lo matara.

Tony lo vio con asco, porque los cobardes sólo pueden causar asco, y luego sonrió (y su sonrisa fue como un pájaro de colores en una fábrica de armas) y dijo para sí algo sobre la valentía y el orgullo roto y pensó: "El orgullo se rompe con las balas". Luego recordó los años en que Orto lo perseguía por todo el país queriéndolo matar. Se acordó de su postura gallarda en aquel sillón blanquinegro y su tremenda, casi ridícula, postura de dominador del mundo. Tuvo esa imagen en la cabeza y le soltó un escupitajo, no porque lo odiara, no, porque aquel hombre (casi bestia) era un cobarde y le daba asco, asco como da el vómito de un cirrótico o el excremento ácido.

Tony no guardaba rencor, nunca lo había hecho. Era natural, no se esforzaba demasiado en no odiar a la gente. Si ese día mató a Orto, no lo hizo por el pasado, por los años en que era perseguido por él, no, Tony jamás mataría por rencor. ¿Para qué matar por esa pasión ruin? Lo mató porque Orto era un cobarde y le quitaba trabajo. No podía dejar que esos cobardes le quitaran su trabajo, su esfuerzo y por eso era necesario matarlos, aniquilarlos de una vez, por cuestiones prácticas, no por odio ni rencor. Así que dio otro puñetazo a la cara de Orto y dijo este: *La lentitud de la destrucción, sus prolongados hilos húmedos...*

Poquelín soltó un tiro de Alcmena justo al oído de Orto y Tony lo miró enojado para que no siguiera disparando. Entonces, en un grito desorientado y animal, Orto soltó por último (y que quede constancia de que estas fueron sus últimas palabras): *¿cuántas veces hemos pecado en vano contra nadie*? Fue entonces que

Tony levantó la mano, empuñó a Helena y, como una ráfaga de pececillos, las balas destrozaron las casi dos cabezas de Orto. Poquelín se prendió un cigarro y arremedó las últimas palabras de Orto. Luego escupió, como queriéndose limpiar el paladar de aquellas pendejadas.

Tony, sabes, eh Tony, hay Macallan, un sorbo, ¿sabes, Tony? Un sorbo de Macallan y una línea de coca, Tony. Hey, he pensado en mi madre, ¿sabes, Tony? Sí, sí, en mi madre. La he pensado muerta, Tony, sí, su cuerpo muerto sobre la mesa de la cocina. He bebido, lo confieso, Tony. Descargué a Alcmena sobre unos pirujos que se tambaleaban por la principal, Tony, sobre la calle cuarenta y dos, Tony; je, fue divertido. He pensado en mi madre, Tony, arropada por la sangre, ¿sabes? La sangre me da cierto asco, lo confieso, pero la sangre de mi madre me parecía maravillosa, je, Tony; casi quería lamerla cuando la vi regada sobre la formica de la cocina. Me gusta matar pirujos, Tony, nadie pregunta por ellos. Su sesos explotan como una Burbu Soda. ¿Recuerdas las Burbu Sodas, aquel polvo que te metías en la boca y burbujeaba haciendo cosquillas? Así explotan los cerebros de los pirujos; pero, ¿sabes qué es lo que me da risa? Nadie pregunta por ellos, Tony, nadie, ni su madre. No tienen madre, ¿eh, Tony? Nadie. Eso me da risa, Tony, no saben cuándo ni cómo mueren. En la morgue, lo sé, lo he visto, los dejan uno sobre otro, ja. ¿Puedes creerlo? Dejan los cuerpos de los pirujos unos sobre otros, lo he visto, como si cogieran entre ellos después de la muerte. ¿Qué será cogerse un cadáver? No ha de ser distinto de tirarse a una puta. ¿O sí, Tony? Las putas me dan asco, me dan mucho asco. Será lo que sea,

pero aún creo en otras cosas. No, Tony, no creo en el amor, en eso no creo, nunca he sabido que existe. Sabes, Tony, de niño *solía pasear sobre la hierba interminable, atrapar ruiseñores y ensartarlos en estacas afiladas*. Mi madre es la única mujer que he amado, Tony, a mi madre. Todos aman a su madre, ¿eh, Tony? Tu madre no puede ser una prostituta, eso no está bien. La mía era una santa, una santa, Tony, como santa Cecilia, Tony, como ella. Al final de su vida cantó una melodía mientras mi padre la golpeaba hasta dejarla inmóvil, Tony; cantaba una melodía que aún recuerdo, que aún recuerdo. Las prostitutas no deberían tener hijos, Tony, nunca los deberían tener. ¿Cómo se tira a un cadáver, Tony? Bebí mucho Macallan, Tony, por momentos me siento solo, ¿sabes, Tony? Como hoy. Bebí mucho Macallan, creo que la he cagado, pero he matado dos o tres pirujos de la cuarenta y dos. Nadie me vio, Tony. Uno se acostumbra a nunca ser visto, a pasar desapercibido en la noche. La noche me gusta, Tony. ¿Te gusta la noche? Me gusta porque todos podemos ocultarnos de todos. Yo lo hice hoy, Tony, lo hice, me oculté entre las sombras y ¡pum! Disparo tras disparo, tres cráneos reventaron, je. Me gusta la Burbu Soda, Tony, me gusta la Burbu Soda que hay en el cráneo de los pirujos. Hoy recordé a mi madre, Tony, su cara llena de sangre. Estaba fría, blanca como una línea. Su bata colgaba manchada de sangre, adornaba la mesa del comedor. Mi padre estaba junto a mí, Tony; me agarró de los brazos y me dijo: “Es una puta”. Las putas nunca deberían tener hijos, Tony, lo sabes, lo sabes, lo sabes bien, no tengo que decírtelo. Recordé a mi madre, Tony.

De niño *solía pasear sobre la hierba interminable, atrapar ruiseñores y ensartarlos en estacas afiladas*. Era una santa, una santa. Los pirujos mueren solos, nadie pregunta por ellos. ¿Será que cuando muera nadie preguntará por mí, Tony? Sabes, creo que me arrepiento de haber matado a mi padre, Tony, el pobre viejo; ahora ni él se enterará de que he muerto, Tony, moriré como un pirujo, Tony. ¿Tendré yo también Burbu Soda dentro del cráneo? ¿Me verás cuando muera, Tony? Pensé en mi madre, Tony, en ella, todas las mañanas despertaba en la puerta de la casa, vomitando y maldiciendo mientras la levantaba y la llevaba a su cuarto, Tony; la llevaba mientras me acariciaba el cabello y me decía: "pobre hijo mío" y me daba besos, Tony. Hoy la recordé, muriendo sola en la sala de la casa, sucia de sangre. Hay Macallan y más pirujos, Tony, invaden la ciudad. Tony, salgamos un poco, fumemos coca, Tony. ¿Sabes? De niño solía pasear sobre la hierba infinita… ahora, Tony, ahora, no entiendo nada.

Unos pendejos regresaron los disparos y Tony Vinicio y Poquelín tuvieron que cubrirse en el Mustang. Helena disparó un certero trozo de plomo a la silla turca de un rata y Alcmena le abrió más la boca a un *dealer* que había ofrecido su vida a una refriega sin sentido.

Las balas, Tony, escucha las balas.

Y seguían tronando las semiautomáticas por el aire y en el Mustang.

Las balas, Tony, ¿las escuchas?

Allright stop, collaborate and listen
Ice is back with my brand new invention
Something grabs a hold of me tightly
Flow like a harpon daily and nightly
"Will it ever stop?" Yo I don't know
Tun off the lights and i'll glow

Y Poquelín se levantó entre el fuego cruzado y disparó y destrozó cráneos y costillas y pulmones y testículos y las balas silbaban aquel ritmo que incluso Tony escuchó y pensó que aquello era lo más cercano a un jodido milagro.

Ice ice baby
Ice ice baby

Cantaron los dos bailando sobre el lustre que deja la sangre en el pavimento.

Una loba a mitad de la noche. Azul, carcoma de cierto animal sin sueño. Sí, sí, Tony lloraba a mitad de la noche. Los autos a su alrededor fungían de ciertas aves metálicas, robóticas. Una loba y su aullido. Era de noche. ¿Alguien sabe qué pasa en la noche cuando cantan los insectos? Tony lloraba. Nadie supo por qué lo hacía. Nunca nadie lo supo. Así, así debe ser el llanto de los hombres, único, universal, secreto, irrepetible. Nunca nadie de los que lo vieron llorar pudieron contar alguna vez aquello porque habían muerto, habían sido asesinados.

Su llanto era un llanto infantil, lleno de rabia inmaculada, rabia pura, de dos cortes, de esa sustancia blanquecina que duerme la lengua. Su llanto de hombrecito solitario, de tipo duro que recrea la noche con una canción en los labios:

The poor twisted child
You're just so ugly, so ugly

Cuando llueve en la ciudad algunos hombres ebrios susurran que es Tony quien llora en algún sitio. Lo presienten, lo saben. Los verdaderos hombres saben cuando llora un hombre. Nadie sabía de dónde venía.

A dónde iba.

¿A dónde van las lágrimas de los asesinos cuando lloran?

No era la primera vez que mataba, pero sí era la primera vez que jalaba el gatillo contra uno de los suyos, contra uno de los que compartía la cárcel del cuerpo, la estepa vellosa de la loba. Era la primera vez que quería a alguien y era la primera vez que lo asesinaba así, de frente, mirándolo a los ojos.

Esos ojos, su rostro.

Tuvo que hacerlo. Así son las cosas con la loba encima. Uno tiene que hacer lo necesario para no morir, para no desintegrarse en esa leche que alimenta a los enfermos, a los sifilíticos, a los ciegos.

¡Qué fácil es matar bajo la oscuridad de la loba! ¡Qué fácil es jalar el gatillo y oler a pólvora a la mitad de la noche!

Larsson había muerto mirándolo a los ojos, había muerto porque el dinero es el dinero y a Tony Vinicio nadie ni nada le impide obtener el dinero, su dinero, el dinero que le pertenece. Nadie ni nada lo aleja del dinero, único principio y fin de esta farsa, ni Larsson, con quien había bebido la primera gota de sangre.

Ahora, por las calles de la loba, Vinicio caminaba salpicado con la sangre de Larsson. Iba dando tumbos como un ebrio meado y cagado bajo el vómito de la borrachera. Era la borrachera del asesinato. Un tiro bastó para que Larsson, su amigo, su único amigo, abriera los ojos como dos bolas llenas de esperma y le estallara el cráneo manchándolo todo.

Tengo que matarte.

Y Larsson, tranquilo, sacó un Lucky mentolado y lo metió a su boca sin dejar de mirarlo. Nunca dejó de clavarle la

mirada, puñalada, girándula, pozo agónico. Ojos negros como la loba.

Pensé que nunca moriría, qué absurdo.

Jaló el gatillo sin decirle nada más, ni adiós ni hasta pronto. Nadie se despide de un muerto. Ahí terminaba la vida de Larsson.

Tony no logró contrarrestar el malestar de aquella muerte, su olor a azufre casero, la sangre cotidiana que veía pasear todos los días por el rostro de Larsson, por sus manos que disparaban en los asaltos como las flores promulgan el polen.

Desde entonces permitió que el odio le atragantara la voz y la convirtiera en un monosílabo de óxido. Su caminata tambaleante por las calles lo condujo al rincón más oscuro de aquella avenida dibujada por el olor a grasas quemadas y cilantros desgajados entre las tripas y los muslos de ciertos vacunos o puercos o cánidos. La loba aullaba y de sus tetas de lumbre chorreaba la blanquecina bebida que las ratas chupaban del suelo como el maná sobre la arena pringosa del desierto.

Pobre niño tan solo, aquí está tu madre nocturna con sus tetas rosas alimentándote en este día de desnudos y coágulos, tu madre negra que se enrosca en tu cuerpo nervioso que tiembla por el espasmo y la muerte.

The poor twisted child
Please hug me, oh hug me

McCartney no tiene ni una buena canción, Poquelín, no seas tonto.

El primer hombre de Faustulus caía completamente muerto.

Tony, Tony, sabes que sí, joder, hizo los Beatles, una buena canción debe de tener; hizo "Yesterday", Tony, por favor, no seas cruel, no tienes por qué cerrarte, Tony; yo creo que si escribes una vez "Yesterday", algo bueno tienes, ¿no, Tony?

Por un demonio, Poquelín, "Yesterday" es una canción horrible; McCartney no tiene cojones, Poquelín; sí que eres tonto, Poquelín.

La pólvora y la sangre comenzaron a entonar su mismo eterno discurso y los cuerpos comenzaron a jadear en aquella orgía que se avecinaba. El sexo de la muerte y el coito de la vida; ahí en ese *bukake* de balas se escucha el jadeo del que comienza al apretar el arma, esa danza que pone el cuerpo a navegar en la arena, la tensión de los dientes. ¡Oh!, qué droga tan fina es la muerte.

Se escuchaban los silenciosos pasos de los demás, como en una fiesta *swinger* cuando cada uno llega despacio aun tapándose los huevos. La antesala de la masacre es la antesala del burdel y es en aquella bomba que el cuerpo se siente por fin; cada vena se altera, cada nervio se contrae.

Nos han rodeado, Tony.

Tony Vinicio miró para todos lados y supo que iba a morir. Era una trampa. Lo hubiera pensado mejor, en la vida nunca se encuentran los amantes ni te quedas con la plata ni le robas a tu padre sin salir ileso.

El AK 47 fue el primer solista; ya después las semiautomáticas siguieron el pedo.

Morir apesta, Tony.

Como una canción de McCartney, Poquelín.

Parte esencial del proyecto editorial de la revista ***Grafógrafxs*** es el lanzamiento de lxs escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante las sesiones de dichos talleres ha sido compartido, discutido y editado. Cada sábado, a través de internet, se reúne una comunidad universitaria nutrida, compuesta por estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos, lo que refrenda el punto de partida de ***Grafógrafxs***: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones **Pasavante** e **Invitación al Incendio** hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios del 2020 y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en los que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones **Pasavante**, de poesía, e **Invitación al Incendio**, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de ***Grafógrafxs***, cuyos libros atrayentes y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que ***Grafógrafxs*** es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos

DESCARGA NUESTRAS PUBLICACIONES

Visita grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

Grafógrafxs UAEMex

@grafografxsuaem

Grafógrafxs UAEMex

Contacto

grafografxs@uaemex.mx

El día de los Chacales (Instantáneas de dos bastardos), de Alonso Guzmán, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *Grafógrafxs,* editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, calle Sor Juana Inés de la Cruz, número 300, Col. 5 de Mayo, Toluca, Estado de México, C.P. 50090, Tels. (722) 277 3835 y 277 3836.
Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.
Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.
Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.
Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 3, núm. 1, de *Grafógrafxs*, enero-marzo de 2021.

Una loba a mitad de la noche. Azul, carcoma de cierto animal sin sueño. Sí, sí, Tony lloraba a mitad de la noche. Los autos a su alrededor fungían de ciertas aves metálicas, robóticas. Una loba y su aullido. Era de noche. ¿Alguien sabe qué pasa en la noche cuando cantan los insectos? Tony lloraba. Nadie supo por qué lo hacía. Nunca nadie lo supo. Así, así debe ser el llanto de los hombres, único, universal, secreto, irrepetible. Nunca nadie de los que lo vieron llorar pudieron contar alguna vez aquello porque habían muerto, habían sido asesinados.

Su llanto era un llanto infantil, lleno de rabia inmaculada, rabia pura, de dos cortes, de esa sustancia blanquecina que duerme la lengua.

INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA

grafógrafxs